

La rebelión de Espartaco

Por Fernando Garrido

El presente texto corresponde a los capítulos VI, VII y VIII de la obra *Historia de las Clases Trabajadoras, I, EL ESCLAVO*, Edición de 1880, Madrid, debida a la pluma de Fernando Garrido.

¿Quién era Espartaco? Un oscuro esclavo gladiador, uno de esos seres extraordinarios que, en épocas anormales y extrañas, cuando las sociedades humanas caducas preparan en su seno gérmenes de nuevas organizaciones sociales destinadas a cambiar la paz del mundo, personifican y simbolizan las aspiraciones todavía, confusas de las grandes masas, que instintivamente presienten las catástrofes y llegan a darse cuenta de las iniquidades que sobre ellas pesan.

La mayor parte de los hombres que en aquellos tiempos gemía bajo el yugo de la esclavitud, había nacido libre, y sólo vencida y extenuada se había sometido a la fuerza. Muchos, como el asirio Euno, habían sido soldados, que más de una vez hicieron morder el polvo a las águilas romanas en las Galias, en

la Península Ibérica, en el norte de Europa y en las ardientes llanuras del África.

Los restos de tantas nacionalidades, encorvados bajo el degradante yugo en el centro mismo de Italia, fueron los grandes elementos que se desencadenaron contra la aristocracia romana y sus dictadores, y a su frente se inmortalizó el gladiador Espartaco.

Como en todas las grandes guerras serviles, llamadas así por ser las clases trabajadoras oprimidas las que se lanzan a la lucha contra sus explotadores, las violencias, las atrocidades, las crueldades más bárbaras cometidas por los sublevados, hallaban su explicación en ese estado delirante a que, para lanzarse a una muerte casi segura, han debido llegar las víctimas de la tiranía.

Esas atrocidades, esos actos de feroz venganza, perpetrados en los momentos de desesperación por los hombres que han roto sus cadenas y que temen a cada instante volver a caer bajo el yugo de una opresión más dura o morir en medio de espantosos suplicios, no pueden nunca atribuirse a los perpetradores, toda vez que sólo son resultado inevitable de la esclavitud y de sus horrores, horrores que exasperan y hacen que germine el espíritu de venganza entre los oprimidos.

Suprimid la tiranía y se acabarán las revoluciones violentas.

Por otra parte, los excesos y estragos cometidos por las clases trabajadoras, esclavizadas y envilecidas, en los momentos en que empuñaban las armas para emanciparse, ¿qué eran comparados con el crimen de esclavizar a sus semejantes y de obligarles a trabajar por fuerza en beneficio ajeno, sometién-

dolos además a las bajezas, miserias y prostitución de que acabamos de citar ejemplos en el rápido resumen hecho en los capítulos precedentes?

Los crímenes cometidos por los esclavos, los siervos, los oprimidos, para recobrar su libertad, son disculpables y hasta pueden considerarse como el único medio de castigar a los que, abusando de la tuerza, convirtieron en ley social la más inhumana de las maldades: la horrible y odiosa esclavitud de sus semejantes.

El establecimiento y conservación de la esclavitud, con todas sus consecuencias, son, por el contrario, crímenes indisciplinables, y los males que siempre llevó consigo su perpetración son infinitamente mayores que los cometidos por los que se sublevaron para recobrar la libertad.

* * *

Era Espartaco natural de la Tracia e hijo de pastores. Hízose soldado para defender su patria contra los romanos; pero cayó prisionero y fue vendido en Roma. Fugóse y anduvo oculto y errante mucho tiempo, hasta que, habiendo caído otra vez en poder de los romanos, fue por ellos condenado al infame oficio de gladiador.

Durante toda su azarosa vida, desde las montañas de la Tracia hasta los ergástulos de Roma, Espartaco fue siempre acompañado de una mujer que lo amaba tiernamente y que en el pastor y en el soldado presintió al gran capitán.

Los historiadores romanos han tratado de atenuar la humillación de Roma, vencida muchas veces por los esclavos, poniendo por las nubes el carácter extraordinario y las cualidades superiores de Espartaco.

A este propósito dice Floro:

«Si algo puede disminuir el oprobio de esta guerra civil, es la grandeza de alma del vencedor de dos cónsules y de tantos otros capitanes romanos, de ese hombre extraordinario cuyo valor y talento fueron elevados hasta el punto de haber hecho recomendable en su persona la memoria de un gladiador.»

No menos explícito Plutarco, dice, hablando de Espartaco:

A una fuerza atlética y a un valor extraordinario unía prudencia y dulzura, cualidades impropias de un esclavo y más dignas de un griego que de un bárbaro.»

Pertenecía el esclavo tracio a un explotador de gladiadores establecido en Capua, llamado Léntulo, que proveía de gladiadores no solamente a Roma, sino a muchas otras ciudades de Italia, y a quien habían bautizado sus compatriotas con el sobrenombre de Batuato.

Extraña escuela, en la cual, encerrados como rebaños muchos cientos de hombres vigorosos, eran alimentados con manjares a propósito, y donde les enseñaban el manejo de las armas, a matar y morir con gracia en los juegos del circo.

La mayor parte de los gladiadores de la escuela capuana eran galos y tracios, y Espartaco no tardó en unirse con ellos secretamente, conspirando para recobrar su libertad; pero, creyéndose descubierto, se escapó, llevándose consigo a su mujer y a

73 compañeros al través de un agujero abierto en la tapia del corral donde los tenían encerrados.

Por un azar venturoso, al salir hallaron medios de armarse, y provistos de asadores, puñales y cuchillas que cogieron en las pastelerías y carnicerías próximas, volvieron a penetrar en el gimnasio, provocando la deserción de los que quedaban y retirándose en número de 200.

Habiendo conseguido armarse todos, fueron de aldea en aldea, devastando los sitios por donde pasaban hasta llegar a establecer su campamento en el monte Vesubio.

* * *

Grande espanto puso en todos los amos aquella improvisada sublevación, y, excitados por el explotador Batuato, los señores de la ciudad, unidos con la guarnición, fueron en busca de los rebeldes, los cuales, aprovechando un momento de vacilación y de descuido de sus perseguidores, les quitaron las armas y continuaron aumentando sus fuerzas con los descontentos de todas partes, con los bandidos y montañeses, que instintivamente reconocieron lo que había de común entre su triste situación y la desgraciada suerte de los gladiadores.

El pretor Claudio reunió inmediatamente todas sus fuerzas, hasta el número de 3.000 hombres, y fue estrechando por todas partes a los revoltosos, que se vieron encerrados en la explanada del Vesubio, erizada de rocas y desfiladeros impracticables. El pretor, cerrando la única salida, calculaba perfectamente que el hambre les haría rendirse a discreción. No sucedió así, porque la misma apurada situación en que se hallaban

les dio ánimos y energía para buscar recursos y salvarse del peligro: el sitio en que se encontraban estaba cubierto de viñas salvajes, y amontonando gran cantidad de sarmientos y entrelazándolos, formaron una especie de escala que, sujeta fuertemente, llegaba hasta el fondo del precipicio, y por ella bajaron todos durante la noche con el mayor silencio.

Una vez libres, Espartaco comprendió que era fácil introducir el pánico en medio de sus enemigos y llegar a dispersarlos. Los atacó por retaguardia de improviso y se apoderó del campamento de los romanos, que dejaron sus armas y víveres, huyendo desbandados. Esta fácil victoria entusiasmó a sus gentes, y pudo creerse Espartaco bastante fuerte para declarar la guerra a aquella sociedad explotadora, disponiéndose a vengar la humanidad ultrajada y a castigar a los opresores.

Era necesario para hacer frente a las exigencias de la situación, ya que sus huestes aumentaban y que su nombre corría de boca en boca por todas partes, considerándosele como el salvador de los oprimidos, hacer comprender a éstos que era justa la causa que defendían, y para ello les puso de manifiesto en una alocución todos los crímenes, las crueldades y abusos de autoridad de sus amos, y con este motivo les pintaba la felicidad de la victoria contra enemigos enervados por los placeres y la voluptuosidad.

«Nuestra ciega y vergonzosa sumisión —les decía— era hasta aquí su tuerza; pero ¿qué podrán contra nosotros y sin nosotros, si hoy queréis reivindicar la superioridad que os pertenece? Sí, valientes compañeros; la naturaleza la concede a la fuerza y al mayor número. Los hombres no han nacido más ricos los unos que los otros, pero sí más fuertes, más diestros, más valientes; y no es la naturaleza, seguramente, quien esta-

bleció esa odiosa distinción de amos y esclavos, de señores y pueblos. Sigamos, pues, la ley de esa madre común, y vuestros nombres figurarán entre los de los héroes por haber devuelto libres a la humanidad todos esos desgraciados que gemían, como vosotros, en la servidumbre.

»Por todas partes hallaréis la riqueza y la abundancia si queréis desdeñar esos falsos bienes, que sólo han servido hasta aquí para corromper a sus poseedores. El único, el grande, el verdadero bien a que el hombre debe aspirar es la libertad, beneficio que los hombres de corazón sólo abandonan con la vida después de haberlo recobrado.»

* * *

Eran tantos los que acudían a alistarse bajo las banderas de Espartaco, que llegó a formar un ejército de 10.000 hombres, y hubo necesidad de organizarlos, con lo que vino a producirse una escisión, pues los galos quisieron tener jefes de su nación, eligiendo a Oenomaüs y Crixo, mientras que, por otra parte, los gladiadores fugitivos trataron de distinguirse del resto de los campesinos y bandidos que habían venido a engrosar las filas, formando cuerpo aparte.

El ejército se dividió en tres cuerpos, cada uno con su jefe; se armaron los más fuertes y se recomendó a los otros que recorriesen las campiñas para buscar armas y caballos y ponerse en disposición de hacer frente a los ataques o de huir en caso necesario.

Los pastores, que ya habían servido de mucho al ejército, se ocuparon en preparar rodela con las pieles de los caballos,

forjando también armas ofensivas; y, armados ya, se decidieron a volver a Capua para vengarse de sus antiguos opresores. Por el camino, en todas las aldeas de la Campania abrían las prisiones para engrosar sus filas; pero al llegar delante de Capua encontraron tal resistencia, que debieron renunciar a su propósito.

Esparciéronse entonces por la campiña, llevando sus devastaciones hasta Cora, pueblo situado en las montañas próximas a Roma, y a Nucera e Inola, pequeños lugares cerca del monte Vesubio, donde habían sido esclavos muchos de los sublevados, por lo cual tomaron las venganzas un carácter horrible, por lo que tenían de personal, hasta el punto de que Espartaco, viéndose en la imposibilidad de impedir los excesos, hizo correr la voz de que el pretor Varinio Glover llegaba con tropas.

Efectivamente, el pretor se acercaba con algunos miles de soldados, y sospechando con razón Espartaco que sus huestes no podrían resistir en batalla campal, se replegó a Lucania; pero los galos, mandados por Oenomaüs y Crixo, se obstinaron en hacer frente, siendo derrotados y muerto el primero, a pesar de la intrepidez y energía con que lucharon.

Espartaco abandonó a Lucania con el resto de la fuerza, ocultándose a sus perseguidores en las gargantas de Picencio, donde cometieron sus soldados muchos atropellos, y allí mismo sorprendió y batió a Furio, que acababa de llegar en su persecución. Estrechado después por Varinio en un territorio estéril, donde no había recurso alguno, comenzó el hambre a producir sus efectos entre su gente; pero recurrió a una estratagemata: colocó de distancia en distancia postes, a los que amarró cadáveres vestidos y armados para figurar centinelas. Encendió después grandes hogueras para fijar la atención del

enemigo e hizo escapar a sus soldados por sitios casi inaccesibles, buscando un refugio en el mar superior.

Luego que Varinio se aperció de estos movimientos, destacó a Cosinio hacia la costa septentrional para impedir que se posesionasen del punto que deseaban, mientras él les perseguía de cerca. Fue avisado Espartaco por los campesinos, que le acogían como libertador, y confiando el grueso del ejército a Crixo, cayó de repente sobre Cosinio, que se hallaba aislado, y lo derrotó.

Esta ventaja fue muy importante para Espartaco, porque los soldados romanos quedaron aterrados y convencidos de que los esclavos sabían batirse en todas partes, a pesar de su inferioridad en el manejo de las armas; y aprovechando Espartaco aquellos momentos, se decide a atacar al pretor, exhortando a sus compañeros para que se mostrasen dignos en la pelea, pues del combate dependía el éxito de su causa.

Terrible fue el choque, y derribado el pretor de su caballo, consiguió escapar, abandonando todas sus insignias y confundiendo con los soldados de la cohorte furtiva. Esta verdadera victoria dio al jefe de los sublevados tal confianza, que concibió el designio de apoderarse de Metaponte, ciudad bien situada, rica, próxima al mar y muy a propósito para desenvolver el plan que se había trazado.

Como veremos más adelante, trataba de legislar sobre aquel pueblo a quien había emancipado, creyendo llegada la hora de inspirar a los esclavos sentimientos de humanidad y sociabilidad, como antes les había acostumbrado a las fatigas y a la pelea.

Gran terror produjo en los habitantes de Metaponte la aproximación del ejército de esclavos, pues creían que el pretor Varinio había dado cuenta de ellos en los desfiladeros de Picenclo, y por esto no hicieron resistencia alguna, sufriendo con todo esto los horrores de la guerra, a pesar de las órdenes de Espartaco.

Como ya hemos hecho notar, la esclavitud pervierte todos los sentimientos, y no es el mejor medio de hacer al hombre apto para saber hacer uso de la libertad; así, aquella multitud, que se hallaba fuerte y poderosa y no encontraba obstáculos ante sí, se entregó a todos los desórdenes y llegó a arruinar casi completamente la ciudad, imposibilitando el proyecto de Espartaco, que pretendía fortificarla como base de sus operaciones.

Dirigióse entonces a Turio, población situada en el ángulo del golfo de Tarento, que en otro tiempo había servido de refugio a los esclavos sicilianos mandados por Atenion. Sus habitantes le abrieron las puertas a su aproximación, y pudo contener las depredaciones y asesinatos. Posesionado de esta plaza, trató de organizar las tropas, inculcando en el ánimo de su gente que no debían ya considerarse como esclavos fugitivos, sino como ciudadanos de una población y de una patria que debían defender hasta morir, e invitó también a los habitantes vencidos a que se dedicasen con toda seguridad a sus ocupaciones habituales y, al comercio; después de esto promulgó leyes aplicables a la Lucania, e invitó a todos los esclavos para que viniesen a la ciudad, acudiendo éstos en tan gran número, que hubo de extender su ley a toda Italia, prometiendo a los esclavos etruscos, latinos o galos que se afiliasen en

la liga que gozarían todos de las mismas ventajas que los ya emancipados.

La generosa manifestación, el buen orden que supo establecer, la franqueza y espontaneidad en todas sus relaciones con los antiguos habitantes de la comarca atrajeron tal afluencia en torno del héroe, que comenzaron a señalarse la prosperidad y la ventura en todo el territorio.

Para evitar que la ambición se despertase en el corazón de sus emancipados procuró el legislador mantenerlos aún en la vida ruda y frugal a que se habían acostumbrado, y promulgó un edicto prohibiendo a éstos que hiciesen uso de monedas, efectos o metales, impidiendo la entrada en la ciudad hasta del bronce o hierro que no fuese el destinado a forjar las armas de que se servían. Entre tanto esto sucedía en Turio, el derrotado ejército de Varinio, en vez de reorganizarse, veía diezmadas sus filas y debilitadas sus tropas por las enfermedades propias de la estación, quedándole ya bien pocos soldados útiles, los cuales, convencidos de su inferioridad numérica, rehusaban renovar la lucha con los esclavos.

En este estado las cosas, Varinio comisionó a su cuestor Torario para que fuese a Roma y refiriese todos los pormenores de la insurrección, pidiendo refuerzos; y mientras éstos llegaban escogió entre su gente cuatro divisiones y con ellas se subió a las montañas que dominan a Turio para observar a Espartaco.

Grande fue la impresión que recibió al ver las acertadas medidas tomadas por el jefe de los esclavos, comprendiendo entonces que más bien que con un gladiador tenía que haberseles con un experimentado general; y no atreviéndose a atacar a

tan formidable enemigo, volvió a su campamento a esperar los refuerzos de Roma.

El Senado no dio importancia a semejantes noticias 'y se limitó a enviar a algunos soldados, que, impresionados por equivocados rumores, hablaban con desprecio de aquella canalla, que debía volver pronto a gemir en las cadenas; y si en realidad estas bravatas servían poco a Varinio, reanimaron el abatido espíritu de los legionarios y pudo el pretor decidirse a intentar un nuevo golpe.

Hizo sus preparativos; pero se convenció de que era peligroso sufrir un nuevo revés, que podría dejar a Espartaco libre para penetrar en el corazón mismo de Italia, desguarnecida en aquel momento, y por esto se limitó a apoderarse de los caminos que daban paso a la Lucania, estrechando a los insurgentes en sus posiciones.

Espartaco no podía resignarse a sufrir privaciones, que a tal estado le llevaban las evoluciones estratégicas de su adversario; y como le convenía también extender la insurrección y acostumar a sus soldados a batallas campales, hizo un movimiento de avance, que debió suspender, porque las posiciones en que Varinio se había atrincherado eran casi inexpugnables.

* * *

Pocos días después, cansados de la inacción los romanos, manifestaron su disgusto, obligando al pretor a cambiar su plan y a dirigirse al campamento de Espartaco.

Informado éste de los designios de Varinio, formó la mayor parte de su ejército, apoyándose en las orillas del Sitearis, mientras que Crixo fue a emboscarse en el lecho de un antiguo torrente. Era tan formidable el aspecto de aquella multitud armada, que las cohortes del primer cuerpo se desalentaron, y en el momento en que pasaban el río cayó Crixo sobre la segunda línea con sus galos, poniéndola en completa dispersión, lo que obligó a Varinio a mandar retroceder a los que podían quedar comprometidos al otro lado del río, esperando estrechar a los audaces galos entre sus filas. Crixo hizo abortar este proyectó, retirándose a su vez.

Los dos ejércitos, habiendo salido mal la operación intentada, se mantuvieron muchos días frente a frente, sin atreverse ninguno de los jefes a pasar el río que los separaba. Espartaco desconfiaba de la inexperiencia de sus soldados, y Varinio no debía fiar al entusiasmo hartó dudoso de su gente el éxito de la campaña.

Iba adelantándose la estación; las nieves debían interceptar muy pronto los caminos, y el pretor no pudo menos de retirarse antes de que un desastre completo inutilizara todos sus esfuerzos y destruyera sus legiones. Dispuso la retirada, y entregó así a Espartaco toda la parte de Italia que comprende hasta el estrecho.

El valeroso esfuerzo de los esclavos oprimidos hizo temblar a las legiones, y Roma pudo, por fin, llegar a convencerse de la importancia que tenía aquella sublevación, calificada en los primeros momentos y hasta entonces considerada como una revuelta de un puñado de bandidos. No creían, sin duda, los caballeros y el patriciado que los esclavos se atreviesen a medir sus armas con las armas de la república, y Espartaco vino a

hacerles conocer lo que vale un pueblo cuando quiere conquistar sus derechos y cuando pelea por libertarse de las cadenas.

La rebelión de Espartaco

(continuación)

Los insurgentes se reorganizan durante el invierno.—Proyecto de Espartaco para dirigirse a los Alpes.—Gran batalla entre galos y romanos.—Derrota de aquéllos.—Espartaco se ve obligado a batirse con los congules Léntulo y Gellio, y vence a ambos»— Gran pánico en Roma.—Honras pomposas a Crixo y castigo infamante a los prisioneros romanos.—El pretor Arrio es derrotado en batalla campal.—Craso se ofrece a ser pretor y organiza nuevas legiones.—Ocupa los desfiladeros y rehúsa el combate.—El jefe de la insurrección trata de volver a sus posiciones de invierno.— Los galos se insurreccionan pidiendo jefes de su nación.—Espartaco trata con los piratas sicilianos sobre adquisición de buques.—Craso persigue a los insurgentes y manda abrir un gran foso para aislarlos completamente.—Espartaco burla esta estratagema, y en una noche de nieve pasa con todo su ejército a retaguardia de su enemigo.

Espartaco consagró aquel invierno, que le dejaba tiempo para organizar, extender y fortificar la revolución, a llevar sus fuerzas a los puntos convenientes, avanzando por una parte hasta Crotona y por otra hasta Cozencia, estableciendo almacenes y disponiéndolo todo a propósito para la próxima campaña.

Como se hallaba rodeado de mares que no podía recorrer por falta de buques, y como era natural que el Senado romano, convencido ya de su fortaleza y del vigor de la Insurrección, hiciera caer sobre él fuerzas considerables, conoció el jefe de los esclavos que no debía permanecer arrinconado, sino que era preciso abrirse paso antes de que, ocupados los desfiladeros practicables por el ejército romano, se viera en la imposi-

bilidad de adquirir provisiones de las otras comarcas y en el triste caso de aventurar en una batalla la suerte de todo su ejército. Entró, pues, en tratos con los piratas de Sicilia para buscar recursos y proporcionarse barcos; pero los mediadores no llegaban, y hubo de reunir los soldados para manifestarles las dificultades de su posición, proponiendo como medio de salvarse aprovechar la turbación universal y atravesar a largas jornadas la Italia, abriéndose paso hacia los Alpes, de donde podrían con facilidad dirigirse a sus casas y gozar del botín recogido.

Esta proposición prudente, aunque arriesgada, no halló en los soldados el eco que esperaba, y Espartaco, que había excitado en ellos la esperanza de establecer una república modelo y que reconocía ya su impotencia para realizar el plan, halló que todos habían admitido, sin calcular los obstáculos, otros planes más vastos que el de defender su libertad. Crixo, el jefe de los galos, entusiasmado por el triunfo que acababa de conseguir contra los romanos, soñaba nada menos que con la conquista de Roma, y señalaba a la codicia de sus gentes como empresa fácil la capital del mundo, aquel foco de riquezas y de voluptuosidad.

Se hallaban así divididos los pareceres en el campo de la rebelión, mientras que Roma, como lo había previsto Espartaco, considerando peligrosa la insurrección servil, adoptaba las medidas que acostumbraba en los momentos más graves y solemnes.

«No era —dice Plutarco ingenuamente— la vergüenza de verse vencido lo que irritó al Senado, sino el temor y las angustias que presentía por el problemático y oscuro éxito de una de las guerras más extrañas y peligrosas; esto fue lo que

determinó a Roma a enviar dos cónsules, Gellio y Léntulo Claudiano, con un numeroso ejército, que debía obrar, según las circunstancias, en perfecta combinación.»

El valeroso gladiador, héroe de aquella lucha, manifestó entonces nuevamente su opinión, que adoptaban los tracios, los gestas y los lucanios, para dirigirse a los Alpes, mientras que los galos y los germanos, con Crixo a su cabeza, sostuvieron tan tenazmente la opinión de hacer frente al enemigo, que faltó poco para que llegasen a las manos unos con otros.

Decidido Espartaco a realizar su propósito, se dirigió por las gargantas del Apenino, siguió a lo largo de las montañas, creyendo posible sortear a los ejércitos romanos y salir del estrecho, donde procuraban encerrarle. Persistiendo Crixo en sus imprudentes y temerarios proyectos, fue a buscar al cónsul Gellio por la Lucania y la Pulla, al frente de 30.000 galos y germanos, y escogió una posición ventajosa en el territorio de los samnitas, desde donde rechazó dos ataques, obligando a los romanos a retirarse en desorden y con grandes pérdidas.

Aprovechó Crixo este momento para cargar al ejército, y consiguió apoderarse del campamento, donde sus soldados, alegres y satisfechos, se entregaron a los excesos de la bebida. El cónsul Gellio había reunido sus legionarios en una eminencia inmediata, y cuando le pareció oportuno cayó sobre aquéllos a su vez, dispersándolos y haciendo en sus filas una terrible carnicería.

El pretor Arrio emprendió la persecución después de aquel desorden, y Crixo, que había recogido ya a los fugitivos y esperaba en el monte Gargan, deseoso de vengar su derrota, empeñó la acción, batiéndose desesperadamente y dejando

indecisa la victoria, hasta que su muerte hizo desfallecer a los pocos galos que aún se mantenían firmes.

* * *

Espartaco aceleraba su marcha a lo largo de los Apeninos, evitando cuidadosamente el encuentro con uno u otro de los ejércitos romanos, cuando se halló de repente a la vista del cónsul Léntulo, que le disputaba el paso y ocupaba las crestas de los montes entre los que debía desfilar. Informado también de la derrota de su compañero, consideraba lo expuesto de su situación, perseguido a retaguardia por Gellio, que debía unirse con el otro cónsul que tenía a su frente.

Aquel genio no desmayó ante tantas complicaciones y halló medios extraordinarios en aquella peligrosa coyuntura. Dividió su ejército en dos cuerpos, atrincherando el uno en los desfiladeros para detener al vencedor, mientras que él, con el grueso de las fuerzas, se proponía abrir, por medio de un ataque vigoroso, el camino de la salvación.

Léntulo, que podía examinar los movimientos de Gellio desde la altura en que se encontraba, pero que no había visto ni sospechado la astucia de su contrario, desde el momento en que distinguió las cohortes aguerridas de su colega en el valle inmediato, se decidió a abandonar las alturas para apresurar la unión de ambos ejércitos, cogiendo en medio por vanguardia y retaguardia al enemigo. Así lo había previsto Espartaco con su sagacidad reconocida, y empeñó la acción con tan vigoroso ímpetu, que Léntulo fue completamente derrotado antes de que el otro cónsul hubiera podido forzar las trincheras y barricadas que defendían los soldados de la rebelión.

Espartaco encargó a su segundo la persecución activa de los fugitivos, y él acudió con grandes refuerzos a apoyar el cuerpo de ejército que cerraba el paso a Gellio, sirviéndose hábilmente de la disposición del terreno para hacer que sus montañeses, arrastrándose por las rocas y vertientes que había a uno y otro lado de las barricadas, cayesen como una exhalación sobre el ejército romano, que, sorprendido, se puso en precipitada fuga, dejando en poder de los insurrectos todos los bagajes y gran número de prisioneros, entre ellos 300 ciudadanos romanos.

La noticia de la simultánea derrota de ambos cónsules produjo en Roma un doloroso asombro, y ante la vista de todos aparecía el vil gladiador tal como era: transformado de esclavo en héroe. El Senado dio órdenes para que tomase el mando de los restos de las legiones el pretor Arrio, y antes de reponerse de aquel susto llegó a la ciudad la infausta nueva de que el pretor Manilo y el cónsul Cassio, que habían reunido en la Galla cispadana 10.000 hombres, habían sido también completamente derrotados, escapando a duras penas Cassio, acribillado de heridas, de manos de los insurgentes de aquellas regiones.

El triunfador se dirigió al Po con el valioso botín y gran número de prisioneros, y antes de abandonar a Italia, donde había sido oprimido, quiso manifestar de una manera solemne los sentimientos que le animaban. Delante de todo su ejército hizo levantar una hoguera en honor de Crixo, el jefe de los galos, muerto por la libertad, y celebró las exequias con la pompa usada para con los generales romanos, honrando así los manes de los galos al considerar a Crixo no como un insurgente, sino como un ciudadano muerto en defensa de la patria y digno de que ella le prodigase los honores fúnebres.

En ese mismo acto, y para vengar la infamia y la degradación que se hacía caer sobre el esclavo, obligó a los 300 ciudadanos que tenía prisioneros a batirse en torno de la hoguera, como hacían en el circo los gladiadores, esclavos de los ciudadanos romanos.

Espartaco mostraba así a los romanos que comprendía la dignidad del hombre, daba una verdadera lección de igualdad a las castas antiguas y hería el orgullo aristocrático de Roma en su fibra más sensible. «¿Quién se habría atrevido a sospechar —exclama Cicerón al hablar de este suceso— que los ciudadanos romanos se verían expuestos a sufrir una suerte tan servil y oprobiosa?»

* * *

A pesar de sus triunfos, prosiguió Espartaco su retirada hacia los Alpes; pero halló el Po tan considerablemente crecido con las lluvias, que le fue imposible vadearlo.

En aquel solemne momento, reflexionando acerca de su situación, determinó el gladiador caer sobre Roma, porque de todos los puntos de Italia le llegaban refuerzos, aumentando así el gran ejército de 120.000 hombres que tenía a sus órdenes. Comprendía además que, desmoralizadas las legiones romanas por las recientes derrotas, podría llegar a la ciudad, tan consternada por los señalados y gloriosos triunfos de los esclavos, y que sus habitantes, según Eutropio, se hallaban asustados y suspensos como si al mismo Aníbal lo tuvieran a las puertas.

No puede acusarse ciertamente de orgulloso o de loco al que concibió tan atrevido proyecto. Después de la serie de triunfos que la insurrección de esclavos venía alcanzando, pudo creer llegado el instante de atacar en el centro de las preocupaciones el principio de las castas y acaso considerarse como instrumento de la gran renovación social. Bien comprendía las grandes dificultades de esta empresa, y, decidido a arrostrarlas, hizo matar a todos los prisioneros,¹ quemar los bagajes y el botín, degollar los animales; y como había de aprovecharse del espanto que debía producir, se quedó solo con los hombres a propósito para la guerra, despidiendo y licenciando a todos los que podían embarazar su marcha. Hecho esto, emprendió resueltamente el camino de la capital del imperio.

El pretor Arrio había reorganizado las legiones de los cónsules y se presentó a disputar el paso a Espartaco, que dio entonces la primera batalla formal sin valerse de estratagemas ni de golpes de mano, disponiendo evoluciones militares como los capitanes valerosos y consumados. Tito Livio, al referir las circunstancias de esa brillantísima victoria, se expresa de este modo:

«La vergüenza no me permite insistir más en los detalles de esa acción, en que el ejército romano quedó completamente destruido.»

Salustio añade:

«Los soldados romanos emprendieron la fuga en diversas direcciones; unos se dispersan para ocultar su marcha, otros se reúnen en pequeños grupos para forzar los pasos, y no faltan

¹ Se entiende como medida militar, a pesar de que éticamente se colocaba al mismo nivel de lo que Garrido critica a los romanos. N. del E.

algunos que se apoderan de los bagajes y se refugian en la próxima aldea.»

Roma quedó completamente consternada, hasta el punto de que, convencidos de una próxima invasión y de un saqueo, no hubo nadie que se presentase en los comicios para obtener la pretura, puesto generalmente codiciado por los ambiciosos.

La multitud abandonada daba gritos y gemidos confusos. Salustio dice que los ciudadanos, las mujeres y los niños se arrojaban a los pies de los senadores y les conjuraban para que pusiesen a salvo sus vidas y haciendas del peligro que les amenazaba.

En tal estado, Craso, muy conocido en Roma y rival de Pompeyo, ofreció en el Campo de Marte encargarse de la pretura y salir en busca de Espartaco.

* * *

Aceptada la oferta, se decidió que, además de las antiguas legiones consulares, se organizarían otras seis inmediatamente, y en el edicto que publicó el general de los ejércitos romanos decía que cuando la Italia se hallaba amenazada de total ruina, no podían ser motivos de exención para los enganches la edad, la condición ni los servicios prestados. Antiguos guerreros, jóvenes de la nobleza, el pueblo, todos acudieron en tropel, agotándose los recursos, mientras que las ciudades latinas, asustadas también por los progresos de los insurrectos, reunían tropas que debían unirse a las de Craso.

¿Quién podrá tachar, al ver todos estos preparativos, de insensato el proyecto del gladiador, cuando el historiador Floro exclamaba: «¿Podía sospecharse que se necesitaría la reconcentración de todas las fuerzas romanas para dar cuenta de los esclavos sublevados?»»

Craso dispuso que Mummio, su primer lugarteniente, se adelantara con dos legiones y reorganizase los restos del ejército de Arrio, ocupando los desfiladeros de las montañas para entretener a Espartaco; pero aquél quiso distinguirse, y en la primera ocasión presentó batalla a su contrario, que le derrotó, causándole grandes pérdidas.

Fue esto debido muy principalmente a que los antiguos legionarios, bajo la presión de la derrota que acababan de experimentar, comunicaron el pánico a los nuevos, hasta el punto de que un cuerpo compuesto de 500 hombres de la primera línea arrojó vergonzosamente las armas y emprendió la fuga. Por un azar venturoso para Roma, llegó Craso a tiempo de reanimar a los fugitivos y de ocupar los desfiladeros antes que Espartaco hubiese podido hacerse dueño de ellos.

Craso castigó severamente a los que tan cobardes se habían mostrado: los diezmó para apalearlos y sujetó a los otros a trabajar sin armas en las ocupaciones del campamento, concluyendo por manifestar que los que tuvieran miedo del gladiador debían temer todavía más a su propio general. Hecho esto, puso en planta el mismo plan trazado a Mummio: se estableció en las gargantas del Apenino, desde donde vigiló todos los caminos que se dirigían hacia el Lacio.

Conseguía por este medio tranquilizar a Roma y privaba a Espartaco de los inmensos recursos que sacaba de las monta-

ñas, de que había hecho hasta entonces fortalezas inexpugnables.

Espartaco, que halló así atrincherado al enemigo, emprendió marchas y contramarchas, esperando siempre atraer a Craso al combate; pero éste se contentó con vigilar y oponer un impenetrable parapeto. Si acampaba algunas veces, establecía grandes puestos avanzados de gente decidida, y Espartaco pudo convencerse de que se le había adelantado su enemigo y le había robado la táctica que tan buenos resultados le diera. Diferentes veces retó a las legiones romanas para sacarlas de sus posiciones ventajosas, y como no lo consiguió, en vez de forzar el paso, se mantuvo a su vez tranquilo y resignado.

Podía esperar Espartaco que las ciudades latinas que recientemente se habían levantado en armas contra la tiranía de Roma y provocado guerras sociales, secundarían sus proyectos, esperanza tanto más fundada cuanto que la destrucción de Roma traería necesariamente en pos la emancipación de las antiguas ciudades de Italia, que le saludaban ya con entusiasmo, apellidándole Aníbal.

La esperanza de Espartaco quedó convertida en una ilusión, pues aun cuando todos los días se presentaban nuevos reclutas en su ejército, no hubo ciudad alguna latina que se declarase en su favor, y la mayor parte de los que se alistaban bajo su bandera eran esclavos o extranjeros sin armas, que servían acaso para embarazar más su marcha. Supo también muy pronto que algunas ciudades latinas enviaban refuerzos a Craso; y reducido a sus propias fuerzas, desprovisto de máquinas

y material necesario para el sitio, hubo de renunciar por entonces al proyecto de marchar sobre Roma, determinación que halló mala acogida en el ejército.

Había muchos en el gran ejército de los sublevados que, ante la idea de apoderarse de aquella ciudad, olvidaban por completo las dificultades, entonces insuperables, que a su propósito se oponían, y Espartaco no había creído realizable ese sueño sino a condición de que las principales ciudades de Italia le hubiesen prestado su apoyo moral y material. Porque Espartaco unía la sublevación de la esclavitud a la universal y trataba de hacer una revolución verdadera que libertase a todos los oprimidos por el yugo férreo que les imponía la tiránica Roma.

Contra esa tiranía se sublevaban reiteradamente las ciudades latinas, se provocaban guerras sociales para conquistar el derecho de ciudadanía, sublevaciones que pusieron a Roma muchas veces al borde del abismo.

Montesquieu, apreciando esas circunstancias, dice que, obligada Roma a combatir contra los mismos que le servían de manos para encadenar al universo, iba a verse reducida al recinto de sus murallas, y concedió entonces el tan deseado derecho a los aliados que habían permanecido fieles; después, poco a poco, lo fue concediendo a todos.

Puede perfectamente comprenderse que reflexionara Espartaco en todo esto y que llegase a alimentar la esperanza de concluir con la dominación romana y proclamar sobre sus ruinas la libertad de Italia, proyecto gigantesco que necesitaba del concurso moral y material de las principales ciudades latinas.

Estas razones, que pesaban sin duda en el ánimo del jefe, no eran comprendidas por el ejército, y los galos especialmente, que se inspiraban en su naturaleza guerrera y atrevida, mostraban su descontento y pretendían forzar las trincheras de Craso, sin atender a que detrás de él se disponían las poblaciones a apoyar la causa de Roma.

* * *

Dominados, por fin, estos tumultos, el jefe, que acababa de adquirir noticias favorables de los piratas sicilianos, emprendió el camino de Lucania, perseguido por el ejército de Craso, con intento de volver a su antiguo retiro de los Abruzos, proyecto tanto más practicable cuanto que, llevando delantera a Craso, llegaría el primero a los Apeninos en la extremidad del continente. Allí Italia, encerrada por el estrecho, termina cortada por dos promontorios, el de Bucio y el de los Alentinos, y no teniendo por entonces escuadra Roma en uno ni en otro mar, era fácil prolongar la guerra en los desfiladeros.

Bullían en la mente de Espartaco otros proyectos, y, auxiliado por los buques que debían proporcionarle los piratas, esperaba poder pasar a Sicilia y sublevar a los esclavos, transportando allí el teatro de la guerra, plan muy realizable, porque en Sicilia se conservaba viva la memoria de Euno y Atenion en el corazón de los esclavos.

Aquellos nombres servían de bandera de guerra para conservar la desconfianza contra los amos, que desde la última guerra habían aumentado sus rigores, mientras que los magistrados romanos, impulsados por la insaciable necesidad de lujo y de riqueza, habían agriado por medio de vejaciones al pueblo

siciliano. Verres, gobernador de la isla, había sobrecargado los tributos, atrayéndose la animadversión general, y como Espartaco le conocía, llegó a esperar que si pisaba la isla podría atraerse aquel ambicioso que pactaba con los corsarios y piratas.

El jefe de la insurrección, dispuestos todos estos preliminares, trató de llegar de nuevo a Turio, colocándose en el ángulo del golfo, donde los piratas sicilianos debían ir a buscarle con sus buques, en que podía atravesar el estrecho, llevando 3.000 hombres para apoderarse de la isla. La persecución que sufría desconcertó este plan, y se vio obligado a no pasar adelante.

En aquella ocasión los galos, orgullosos como siempre, levantaron de nuevo sus murmuraciones y quejas por supuestos favores otorgados a sus compañeros los tracios y los lucanios, quejas que vinieron a resolverse en reclamar jefes de su nación que reemplazasen a los muertos Casto, Uránico y Canimac, marchando desde entonces a remolque del ejército, sirviéndole de rémora.

* * *

Espartaco se hizo dueño por la fuerza de Cozencia, y después de asegurarse de que la plaza no era defendible, la abandonó, llevándose muchas provisiones y gran número de habitantes. De allí pasó a los grandes bosques de Sila, hizo alto en las montañas y buscó posiciones para defenderse a todo trance y esperar la llegada de los piratas,

El Bracio es un largo promontorio cuya extremidad llega hasta el estrecho de Sicilia, y los insurgentes fijaron su campa-

mento entre los golfos de Sila y de Hipponna, en el linde del bosque más espeso y extenso que hay en Italia. Desde allí hasta el punto ulterior del continente se extendía la montaña entre Locres y Reggio en un espacio de 80 millas y con vertientes a los mares; veíanse allí límpidos manantiales, excelentes pastos y toda clase de árboles resinosos, lo que daba gran abundancia de víveres y ganados, ventaja no despreciable en la situación en que se encontraban los insurgentes.

Fortificados ya, y al abrigo de un golpe de mano, esperaron a los sicilianos, que se presentaron muy luego, no con los buques que esperaba Espartaco, sino como encargados de hacer el pacto y recibir a cuenta sumas para disponer la escuadra, que se hallaba desmantelada en el Epiro. No hubo otro remedio que acceder a las pretensiones de los corsarios, que llevaron también el encargo de desembarcar en la costa de la isla algunos emisarios que mandaba a Triocale para ponerse de acuerdo con los criados de un siciliano llamado Leónidas y preparar el alzamiento de los campesinos entre Agrigento y Selinunto.

Craso se hallaba entonces a la entrada de la península, ocupada por los revolucionarios, y escarmentado por los anteriores desastres, no intentó penetrar en ella y concibió un proyecto que parecía impracticable: abrir un foso a todo lo largo del istmo, de mar a mar, dejando encerrados a los rebeldes en el rincón que ocupaban. Por este medio entretenía a las tropas, castigaba a los antiguos legionarios, quitaba los recursos a los insurgentes y los reducía así a la desesperación.

Nadie creía en la posibilidad de su proyecto, y parecía tan fuera de razón y tan quimérico a los mismos sitiados, que no hicieron grandes esfuerzos para impedirlo. Craso, por su par-

te, procuraba ocultar los progresos de su obra, llevándola adelante con mucho vigor, hasta el punto de que, cuando se descubrió la muralla, los insurgentes se vieron, encerrados por todas partes por una trinchera de quince pies de anchura con otra tanta elevación.

La situación llegó a ser grave, y en medio de todas estas contrariedades pudo Espartaco cerciorarse de que los piratas sicilianos le habían robado y engañado miserablemente, haciendo la escuadra rumbo con su botín hacia las islas Jónicas.

No se desalentó por eso el intrépido general, y se dispuso a atravesar el estrecho de Mesina en balsas improvisadas con los corpulentos árboles del bosque.

* * *

Salustio refiere detalladamente la empresa aventurera de aquellas gentes, que parecían soñadores y delirantes más que hombres de armas. Describe la situación del istmo, que en otros tiempos unía la isla con el continente, y después añade:

«El estrecho de Sicilia tendrá unas 35 millas de largo y en su menor anchura más de 3.000 pasos; allí se hallan los famosos monstruos marinos Scila y Caribdis, uno a cada lado, y las corrientes que forma Caribdis absorben en simas ocultas los efectos de los naufragios, que aparecen después a más de 60 millas de distancia.»

Tan peligroso estrecho quería atravesar Espartaco sin buque alguno, y para ello preparó muchos árboles, se apoderó de los toneles que halló a mano y construyó balsas de muy mal as-

pecto con ramas retorcidas. Apenas cayeron al mar, desaparecieron en el abismo a la vista del ejército absorto, y aunque intentaron hacer otras menos imperfectas, nadie podía dirigir-las, porque, arrebatadas por la corriente, se estrellaba en las rocas de Scila o se sumergían en las simas de Caribdis. Hubo que renunciar a estos medios y decidirse a morir matando o abrirse paso a toda costa saltando el foso y escalando la muralla que les cerraba el paso, y, en efecto, a esta empresa temeraria se resolvieron aquellos hombres desesperados.

Los trabajos emprendidos por Craso eran tan complicados, que, por mucho empeño que en ellos pusiera, quedaba aún una gran brecha de muchos metros hacia la parte del mar superior. Por allí podían escapar los insurgentes, aunque no era muy fácil, por la vigilancia del enemigo. Pero como Espartaco había dado tales muestras de audacia y de genio, halló la ocasión que esperaba en el rigor mismo de la estación, y aprovechando una noche de gran nevada, llenó el foso con todo lo que encontraba a mano, tierra, leña, ganados, cadáveres, prisioneros de guerra degollados, y sobre aquel montón hediondo y horrible pusieron sus plantas los desgraciados fugitivos para burlar a sus perseguidores, lo cual consiguieron, haciendo de este modo que fuesen perdidos el tiempo y el trabajo empleados en sus gigantescas obras defensivas.

Espartaco, apenas se vio fuera del recinto, se dirigió apresuradamente a la Lucania con el propósito de llegar al puerto de Brunduro y salir, si era posible, de Italia, donde todo conspiraba contra él; pero supo entonces que Lúculo, con su escuadra, acababa de llegar a dicho puerto, y se dirigió a la izquierda, sin saber qué determinación tomar.

Craso, entretanto, al ver aquel rasgo de audacia, temió que los esclavos se encaminasen directamente a Roma, y se apresuró a escribir al Senado que la situación estaba más grave que nunca y que era urgentísimo llamar a toda prisa a Pompeyo, que se hallaba en España, y a Lúculo, que mandaba en Macedonia.

Esto era abdicar y reconocer su impotencia para vencer a los sublevados, humillación a la que de seguro no se sometiera Craso si no viera el peligro tan inminente, que creyese deber sacrificar su orgullo, su posición y su nombre a la salvación de Roma. Su temor, sin embargo, era infundado: la discordia entre galos y tracios era para los sublevados una causa de debilidad tan grande, que debía conducirlos a la más completa ruina.

La desunión es más temible que todos los enemigos.

Los galos se insurreccionaron de nuevo y se separaron del grueso del ejército, acampando, con sus jefes a la cabeza, en las lagunas saladas de Lucania.

Fin de las guerras de Espartaco

Los galos son derrotados por Craso.—Espartaco acude a socorrerlos.—Nueva derrota de los galos.—Espartaco vence al ejército romano.—Sus soldados obligan a Espartaco a marchar sobre Roma.—Craso se interpone con su ejército para impedirlo.—Gran batalla entre los dos ejércitos enemigos.—Espartaco busca a Craso para batirse con él.—Muerte heroica de Espartaco.—Efecto que su muerte causó en los esclavos.—Derrota de éstos.—Fin de las guerras de Espartaco.

En hora menguada se decidieron los galos a separarse de Espartaco y a dividir así el ejército de los esclavos emancipados, porque Craso, ganoso de gloria y temiendo la rivalidad de Pompeyo, a quien él mismo había mandado llamar, se apresuró a aprovecharse de esta escisión del campo enemigo y, rehuyendo un encuentro con las fuerzas de Espartaco, marchó en busca de los galos, a los que derrotó, y sin duda les hubiera ocasionado grandes pérdidas sin el pronto y oportuno socorro de aquél, que obligó a los romanos a suspender su persecución, dando tiempo a los galos para rehacerse y retirarse al monte Calarnarco.

Ni la vergüenza de este descalabro ni los temores de los que podían sobrevenirles bastaron a convencer a los orgullosos galos de que sólo unidos al héroe tracio podrían hacer frente a sus enemigos; antes por el contrario, empeñados en seguir su fatal destino, no tardaron en experimentar una formal derrota.

Deseoso Craso de concluir con los enemigos, aislados como estaban, mandó tomar una eminencia que dominaba el campamento galo, enviando una división de 6.000 hombres al mando de sus lugartenientes Pontinio y Marcio Rufo. Llevaban orden del pretor de acometer la empresa al rayar el día y con el mayor silencio, a fin de sorprender a los galos; pero una feliz casualidad hizo que éstos descubrieran el intento por dos mujeres que a aquella hora salían de su campamento, y vigilantes ya, apenas los romanos se presentaron, cayeron con tal empuje sobre ellos, que, si Craso no acudiera, hubieran obtenido una brillante victoria. Hábil táctico Craso, se retiró con su gente, atrayendo a los galos a una llanura húmeda y resbaladiza, donde casi impunemente les mató 10.000 combatientes.

No fue éste el único triunfo obtenido por Craso, pues en otro encuentro que tuvo con los galos les mató 6.000 hombres y les hizo 900 prisioneros, recobrando cinco águilas romanas y 20 banderas.

Entretanto, la altiva Roma estaba en la más cruel angustia, pues cuando creía el ejército del gladiador completamente destruido, veía temerosa que ni la habilidad de un experimentado general ni las numerosas falanges que contra él enviara eran bastante para aniquilarlo.

Por otra parte, la vergüenza de su propia impotencia para terminar de una vez aquella guerra servil contribuía también a mantener a Roma en continua alarma, dando margen a que el pueblo murmurase y se quejase públicamente contra el pretor Craso, a quien creía culpable de este resultado. Efecto, sin duda, de esta creencia, el pueblo pidió a gritos la vuelta de Pompeyo, único en quien confiaba para

librar a Roma del peligro de tal guerra, y el Senado entonces le escribió para que se apresurase a volver de España con su ejército.

Esta medida, que el mismo Craso había aconsejado en un principio, contrarió sensiblemente al vencedor de los galos, temiendo que Pompeyo, a quien ya no necesitaba, viniese a recibir los laureles que tanto le había costado ganar, privándole así del consulado a que aspiraba, lo que le hizo desear con más ardor que nunca empeñar una acción decisiva con Espartaco.

Refugiado éste, después de la derrota de sus compañeros, en el monte Cliban, cerca de la ciudad de Petalia, al fin del bosque de Sila, evitaba, y con razón, un encuentro con Craso, tratando al mismo tiempo de posesionarse de esta plaza importante y bien fortificada.

Conocedor Craso de este proyecto, ordenó a Tremelio Strota, su cuestor, y a Quintío, su lugarteniente, que hostigasen la retaguardia del enemigo, mientras él trataba de atacarlo de frente. Viéndose así colocado Espartaco, hizo una rápida evolución sobre su retaguardia, arremetió valerosamente a Tremelio y su compañero, los envolvió, los derrotó y, poniéndolos en completa fuga, hizo prisionero al mismo cuestor, que fue herido gravemente.

Tan señalada victoria proporcionó a Espartaco ocasión de rehacerse de las pérdidas que el orgullo de los galos había hecho sufrir a sus huestes, dándole tiempo para crearse una posición más ventajosa y poder esperar con mayor seguridad los acontecimientos; ésta era, sin disputa alguna, la mejor medida que podrían adoptar los esclavos; pero la

confianza renacida en ellos por el nuevo triunfo les hizo olvidar los sabios consejos de su general, y, ansiosos de gloria y no escuchando más voz que sus deseos, arrastraron a Espartaco por el camino de Roma, donde les aguardaba atrincherado con su gente el pretor romano. Este no quiso precipitarse en el ataque, sino que, cubriendo con sus tropas todas las salidas practicables, trató de encerrar a los esclavos en un estrecho círculo para que se rindiesen a discreción.

El plan de Craso ponía a los insurgentes en un aprieto, pues mal provisionados y faltándoles todo, iban desfalleciendo y hasta desordenándose, a lo que no poco contribuían los galos escapados de la última derrota. Todo esto desanimaba a Espartaco, que, como buen conocedor y experimentado general, no confiaba en la loca esperanza del triunfo que animaba a sus soldados, los cuales querían ir derechos al enemigo. Por otra parte, el temor de que Pompeyo se hubiese ya reunido con Craso y la falta de caballería le impedían provocar una acción decisiva.

Presintiendo la derrota, quiso Espartaco intentar un último medio de arreglo y evitar la efusión de sangre, proponiendo al pretor romano que concediese a los rebeldes una honrosa transacción, alegando que ellos eran dignos de la libertad, que habían conquistado a costa de tantos combates y de tanta sangre derramada. Craso rehusó conceder la capitulación que se le pedía por ser demasiado vergonzoso para el ejército romano el transigir con los que consideraba viles esclavos.

Semejante negativa coincidió con la llegada al campamento de Granice y Casto, jefes galos a quienes Espartaco

había encargado la compra de caballos. Estos jefes habían traído un pequeño refuerzo, y Espartaco entonces pudo reorganizar su gente, marchando con ella a situarse en los valles Hirpenios, cerca de la aldea de Catana.

Por más que el común peligro hubiese hecho desaparecer en gran parte las rivalidades entre los galos y los tracios, el orgullo de aquéllos no les había permitido vivir en el mismo campamento que éstos, y de ahí el que, estando separados ambos bandos, Craso concibiese el plan de derrotarlos de una vez. Efectivamente, el resultado correspondió a sus deseos mucho más acaso de lo que él podía esperar.

Sin separarse de su plan, estrechó Craso a los Insurrectos entre dos fuertes divisiones; abandonó la una de ellas, dejando en su campamento las tiendas, incluso la del general, y fue a emboscarse en un punto estratégico con la mayor parte de su gente. En seguida mandó a Quintio que dividiese la caballería en dos cuerpos desiguales y que el uno se lanzase sobre los tracios, en tanto que el otro lo hacia sobre los galos, amagando un ataque formal, pero que se retirasen momentos después hacia el punto donde él les esperaba emboscado.

Los tracios conocieron la estratagema y no siguieron a la caballería; no así los galos, que, engañados por aquella simulada huida, dieron tras los jinetes y cayeron en la emboscada, donde fueron deshechos y acuchillados.

El momento era solemne; Espartaco así lo comprendió, y, decidido a intentar un supremo esfuerzo, volvióse a sus soldados y les recomendó vender cara la vida, exhortándoles a morir antes que rendirse, haciéndoles notar que con

la derrota sólo hallarían infames suplicios y segura muerte. Los entusiasmó hasta el punto de jurar todos morir antes que retroceder o rendirse, y para quitarles toda esperanza de gracia de parte de los romanos hizo crucificar sobre el campamento algunos de éstos que tenía prisioneros. En seguida mató a su propio caballo, exclamando que, *vencedor, encontraría, muchos de que servirse y, vencido, no necesitaría ninguno.*

Animados con el ejemplo de su general, se arrojaron los insurgentes con valeroso ímpetu sobre los romanos; trabóse la lucha, lucha terrible, sangrienta y cruel; ambos ejércitos se confundieron en uno solo. Por mucho tiempo la victoria se mostró indecisa, hasta que Espartaco, conociendo que la suerte de los romanos dependía de la de su jefe, atravesó las filas enemigas y buscó a Craso para combatirlo cuerpo a cuerpo. No encontrándolo, y viéndose perseguido por dos centuriones que le acosaban de cerca, contra ellos se revolvió y les dio muerte.

Tarde era ya para retroceder y reunirse con sus soldados: rodeado de enemigos, el héroe combatió desesperadamente y logró por un momento alargar el círculo de hierro en que le envolvían; pero todo su valor y sus prodigiosos esfuerzos terminaron por ceder ante la numerosa cohorte de enemigos que le estrechaba, y, herido en una pierna de un golpe de pica, cayó de rodillas. Defendióse todavía con su rodela como pudo, hasta que, cubierto de heridas, sucumbió ante sus admirados enemigos.

Muerto Espartaco, genio guerrero que animaba y dirigía la batalla, los esclavos comenzaron a cejar; pero, fieles a su

promesa, por mucho que esta desgracia les afectase, no quisieron entregarse.

Salustio declara que ninguno perdió la vida sin haber antes vengado su muerte fieramente. Allí, sobre el mismo terreno que combatiendo ocupaban, reposaban sus cadáveres, todos heridos de frente, siendo tan sólo dos los que lo fueron por la espalda. El mismo Floro confiesa que recibieron una muerte más digna de nobles guerreros que de viles esclavos.

Difícil sería determinar el número de los que perecieron en aquella célebre batalla; los que lograron escapar divididos en pequeñas partidas, se dispersaron por las montañas buscando un refugio. Perseguidos por Craso y vendidos por los campesinos, hasta entonces sus amigos, pero que cambiaron en cuanto supieron la muerte de Espartaco, fueron casi todos destruidos.

De 40.000 sublevados de que se componía el ejército insurgente, tan sólo 6.000 fueron hechos prisioneros, y a éstos mandó crucificar Craso a lo largo del camino de Capua a Roma con el fin de imponer a todos los esclavos de Italia; y, hecho esto, tomó con su ejército la vuelta de la capital, llevando consigo 3.000 prisioneros romanos que había encontrado entre las huestes de Espartaco.

* * *

Así terminó la más grande de las rebeliones de esclavos que registran los anales de la historia antigua. La muerte del héroe tracio fue el final de una lucha gigantesca, Ini-

ciada cuatro años antes por un puñado de valientes que llegaron a hacer temblar a la soberbia Roma.

En la lucha que acabamos de referir demostraron perfectamente los esclavos que eran iguales, ya que no superiores, en genio, talento y valor, a sus amos; tal lo comprendieron los mismos romanos. Salustio, en la narración que de aquella lucha hizo, dice:

«Así concluyó esta guerra servil, tan vergonzosa para Roma, si bien en esta ocasión tuvo que vencer a enemigos *cuyo valor personal era superior a toda comparación*. En otras circunstancias los romanos habían conquistado fácilmente grandes naciones provistas de todos los medios de ataque y de defensa; en ésta vencieron a enemigos que de esclavos se habían hecho hombres y a quienes el furor había tan sólo armado.»

¡A tal extremo llegaba el loco orgullo de los romanos, que se avergonzaban de la guerra que tuvieron que sostener con sus esclavos! La preocupación del espíritu de casta no les dejaba reconocer la igualdad más que cuando ésta se imponía de una manera sangrienta y terrible.

A pesar de la victoria alcanzada sobre los esclavos, Craso no fue recibido en Roma con los pomposos honores del triunfo, que se concedían con frecuencia por sucesos menos importantes; y esto fue porque el orgullo ofendido de haberse aquél obtenido sobre una raza llamada vil, hacía avergonzar al Senado y al pueblo y les impedía celebrarlo fastuosamente. El mismo Craso no se atrevió a pedir aquellos honores y se limitó a hacer su entrada en Roma a pie y seguido de sus soldados.

* * *

La muerte de Espartaco parece que debía poner término a la guerra servil; pero Roma tenía que sufrir la humillación de nuevos sobresaltos y temores.

Publipor, amigo del héroe tracio, se refugió con una partida en las montañas después de la desgraciada derrota de los esclavos, y allí, con los conocimientos prácticos que del terreno tenía, logró escapar a las persecuciones de Craso. En un principio se concretó a recorrer las campiñas de la Lucania, y bien pronto reunió un pequeño ejército de 5.000 esclavos, con el que atravesó el Abruzzo y cayó sobre Temsa, ciudad no fortificada, en la que se proveyó de armas y víveres, marchando desde ella al bosque de Sila. A su paso por las costas del golfo Hipponno intentó apoderarse de las barcas de los pescadores para ganar con ellas la mar; pero no pudo con-seguirlo, porque éstos las ocultaron, teniendo que concretarse a explorar por el día los alrededores de la ciudad de Hipponno y durante la noche rodearla con su gente para tener a sus moradores en constante alarma. Su objeto era apoderarse de la plaza como punto estratégico, y para ello esperaba, cercándola, encontrar ocasión propicia.

La noticia de la toma de Temsa y del peligro que Hipponno corría alarmó de nuevo a Roma, hasta el punto de que nadie quería encargarse de la expedición contra Publipor, viéndose otra vez despreciada la alta dignidad de pretor, que siempre había sido disputada por todos.

Hipponno se salvó por una casualidad; exhausta de recursos y sin medios para prolongar su resistencia, hubiera, sin duda, sucumbido a no ser por el pretor Verres, que, regresando de Sicilia, pasó cerca de aquella plaza, y aunque no quiso detenerse a combatir a Publipor y siguió con su gente para Roma, éste, que tuvo noticia de la aproximación de las huestes romanas, no considerándose aún con fuerzas suficientes para hacerles frente, levantó el sitio y abandonó aquella comarca, renunciando a embarcarse, y se dirigió hacia los Alpes para forzar su paso y salir de Italia. Conocedor práctico del terreno, salvó todas las dificultades que se le presentaron, hasta que, ya próximo a la realización de su plan, se encontró con Pompeyo, que regresaba de España, y, rodeado por todas partes por su ejército, tuvo al fin que aceptar la batalla. Esta fue corta; las agueridas tropas romanas arrollaron bien pronto a Publipor y sus bravos, que no quisieron rendirse, y fueron casi todos muertos en la acción.

Con Publipor terminó la terrible guerra que Espartaco Iniciara en Capua contra la opresión y la tiranía. Durante el tiempo de la lucha entre la democracia y la aristocracia, entre los amos y los esclavos, éstos dieron sobradas pruebas de que aspiraban a establecer un régimen social mucho más armónico y justo que aquel en que vivían oprimidos. Veamos, si no, a Espartaco en Turio restableciendo entre sus desordenadas huestes la disciplina y el orden, desterrando el lujo y condenando la corrupción, acostumbrando a sus soldados a despreciar el oro y los metales y, como los espartanos, no guardar de aquéllos más que los necesarios para defender la libertad.

De esclavos que eran, se convirtieron en ciudadanos, en legisladores; protegiendo la industria y el comercio demostraban que reconocían el valor que para ellos tenían estas ocupaciones; ofreciendo sus mismas leyes a todos los que quisiesen ampararse a su sombra probaban el culto que a la Igualdad profesaban, y estableciendo, por fin, leyes justas y creando una nueva sociedad, contraposición de la que los esclavizaba, daban una lección severa de derecho Igualitario a las castas dominadoras y explotadoras de la esclavitud.

Si Espartaco no consiguió fundar su república, concluyendo con el odioso privilegio de los opresores, no por eso dejó de dar fruto su generoso intento.

La sangre derramada en defensa de la libertad hizo despertar en el corazón de todos los esclavos, sus hermanos que gemían en cadenas, la esperanza de recobrar la independencia con el convencimiento de su propia fuerza, dando a conocer, por otro lado, a los voluptuosos ciudadanos de Roma, que en el seno mismo de aquella sociedad existía el germen destructor de su poderío y grandeza.

Tanto lo comprendieron así los romanos, que desde entonces redoblaron la tiranía y la crueldad para con sus desgraciados esclavos. Era su objeto atemorizarlos con los malos tratamientos e impedir que las clases serviles volvieran a inspirarles, con nuevas sublevaciones, temores de que se avergonzaban. Así, pues, el resultado de esta insurrección, de la que Espartaco es glorioso protagonista, fue un paso dado por las clases trabajadoras, consideradas como viles, en la senda del progreso. ■